



En la segunda mitad del siglo XX se alza la abstracción en sus vertientes. Abel cargado de un lenguaje personal lleva como equipaje un conjunto de señas que hacen reconocibles al autor en sus obras de cualquier década. Forma parte de un conjunto de artistas manchegos con sustratos comunes y admira el trabajo libérrimo de Picasso y Tapies, considerando el color como el instrumento para explicar una idea.

Hasta tal punto es prioritario para Abel el sentido de sus obras, que, para potenciarlo y darle la mayor cercanía posible, investiga continuamente técnicas y materiales, encontrando en el collage un interesante instrumento creativo. El papel, el cartón, la tela como elementos constructivos en muchas ocasiones, como estos soles que aquí traemos. Materia, gesto, mancha y espacio, en la búsqueda de un equilibrio ajustado a sus intereses de cada momento son los ángulos de la obra de Abel Cuerda. Su personalidad y el compromiso con ella y su espíritu creativo han dado al mundo una obra que a veces se ha incorporado más al informalismo europeo, con referentes a los círculos catalanes y madrileños y a veces se ha interpretado más como expresionismo abstracto con un acercamiento a la pintura americana, más audaz y ampulosa, menos intimista y poética que la informalista.

Nuestro artista absolutamente libre, incluso libre del mismo, va realizando su obra en la satisfacción de su impronta personal, adecuándose a sus estados de pensamiento y deseos. Ya indicaba hace décadas el crítico F. Prados de la Plaza, que *"nos encontramos ante una obra firmemente convencida de lo que hace y de cómo se hace"*. Pero ante todo nos ofrece una obra que emociona y gusta a la vista y el pensamiento.

José Fernando Sánchez Ruiz. AMCA, AECA.